

**El cuerpo y sus envolturas:
del psicoanálisis a la semiótica del cuerpo**

Jacques Fontanille
Universidad de Limoges

Traducción de César González Ochoa

Preámbulo

Al explorar pacientemente los cotejos, los intercambios, las influencias evidentes o inadvertidas entre Lacan, Freud, Saussure, Hjelmslev y otros, Michel Arrivé ha hecho de nuevo posible el diálogo entre la lingüística y el psicoanálisis. Ese diálogo, en efecto, establecido desde la época del estructuralismo triunfante, especialmente por Lacan, renovado por la teoría de la enunciaci3n y de la subjetividad de Benveniste, había sido singularmente perturbado por algunos excesos conceptuales o terminológicos del lacanismo, pero también por la ola cognitivo-chomskiana que caracterizó las investigaciones lingüísticas europeas de los años setenta.

Además, cuando Michel Arrivé restablece ese diálogo, no es sobre el principio del “balance” de aprobación general, de las modas y de las ondas: dos decenios de antimentalismo, una década de “subjetivaci3n” de las estructuras, dos décadas de psicologizaci3n del lenguaje, etc. No, es como filólogo, como crítico y como teórico, atento y exigente, como establece las

intersecciones conceptuales y las diferencias irreductibles; como observador, en suma, del terreno común que poco a poco se ha constituido, y de las fronteras infranqueables que se han dibujado.

Proseguiré ese diálogo en homenaje a Michel Arrivé. Pero no a su manera: como “práctico”, más que como “historiador” de la cosa. Quisiera, en efecto, examinar la dimensión semiótica de un modelo psicoanalítico contemporáneo, el del *yo-piel*, elaborado por Didier Anzieu, y, en el mismo movimiento, las eventuales consecuencias, sobre la teoría semiótica, de su integración en el seno de los modelos existentes.

El modelo del *yo-piel* ocupa un lugar particular, ya sea respecto de las representaciones más corrientes del cuerpo, o en el seno mismo del psicoanálisis. Las semiologías del cuerpo son en esencia, actualmente, semióticas gestuales y mimogestuales. Tienen su principio en una reflexión sobre la comunicación y los fenómenos que tratan son considerados muy a menudo como un acompañamiento de la comunicación verbal, de la cual serían complementos o sustitutos. El cuerpo no es en ese caso más que un adyuvante de la comunicación, un accesorio que usa el sujeto de enunciación para reforzar, añadir, comentar o completar lo que dice.

A este adyuvante que gesticula podemos oponerle el cuerpo de los psicoanalistas que, lejos de ser un simple instrumento, es la fuente y el asiento mismo de las energías (las pulsiones) de las cuales las instancias psíquicas nutren sus representaciones. El cuerpo psicoanalítico no es un instrumento de comunicación: es el origen de las pulsiones, es la sustancia semiótica a partir de la cual podrá tomar forma el actante semiótico; esta “toma de forma” tiene incluso una secuencia canónica, la de las “etapas”, y una estructura, la de las “instancias”. Según Freud, toda la economía del psiquismo está representada en términos de energía y de fuerzas orientadas que encuentran o no “barreras”, que son liberadas o reprimidas, etc.; esas nociones sugieren una representación del cuerpo, en tanto que asiento y lugar de proyección

o de emergencia de los acontecimientos psíquicos, que parecen componer “fuerzas” y “fronteras”.

El modelo del *yo-piel* se distingue de unos y de otros. Por un lado, como otros modelos psicoanalíticos, participa de una tóptica, o más precisamente de una topología (es una membrana entre dos dominios), y es un *lugar*, no un *instrumento*. Además, es un lugar *crítico*, donde las fuerzas y los movimientos llegan, pasan, son bloqueados, se bifurcan, etc. Por otro lado, la representación del cuerpo sobre el cual se funda no es simplemente un campo abstracto de fuerzas y de obstáculos, sino un campo figurativo, poblado de verdaderos “significantes corporales” concretos y observables, así como en las semiologías gestuales; en fin, contrariamente al cuerpo tal como es concebido por Freud, el *yo-piel* de Didier Anzieu comunica: si no es un “instrumento” de comunicación, es, por lo menos, un *lugar de comunicación*.

1. La constitución del Sí

La cenestesia

El cuerpo-envoltura está primero constituido a partir del conjunto de las sensaciones de contacto (de proximidad y a distancia). Ya disponemos, para designar este conjunto, del término *cenestesia* que subsume la red entera de las estimulaciones procuradas por las sensaciones de contacto, y que retoma lo que la filosofía medieval llamaba el *sensorium commune*, que a su vez retoma lo que Aristóteles designaba como “*aesthesis koiné*”.

La *cenestesia* sería entonces a la vez una especie de sinestesia general, y una manera de ser sensible al mundo; por un lado, en efecto, la *cenestesia*, al conectar la totalidad de las sensaciones de relación con el mundo exterior, hace posible todas las sinestias particulares; por el otro, es como si, para el sujeto sensible, percibir el mundo fuera, o bien, se constituyera él mismo como “envuelto” por las sensaciones suministradas por ese

mundo, o bien considerara las cosas del mundo como “envueltas” por las sensaciones que el mundo suministra al sujeto.¹

Una de las debilidades de la noción de cenestesia es la de suponer lo que habría que demostrar, a saber un centro de tratamiento global de la sensación, donde todas las sensaciones afloraran para poder enseguida ser redistribuidas según los órdenes sensoriales. Pero esta debilidad desaparece justamente si consideramos que este flujo sensorial constituye en la superficie una “instancia”, llamémosla la “envoltura corporal”, una configuración estable, que tiene la capacidad de poner en red y en resonancia el conjunto de las sensaciones, es decir si consideramos que este flujo sensorial da lugar a la aparición de un atrayente. Hay cenestesia porque hay la conexión general e inmediata de todas las sensaciones sobre el único lugar que les es común, la envoltura corporal.

La envoltura cenestésica funciona a la vez como índice y como ícono: *índice* de un equilibrio de las tensiones superficiales, y de una estabilización de las estimulaciones sensoriales conectadas; *ícono* de un actante, que se forma a partir de las solicitaciones de la carne, y que permite en consecuencia al cuerpo figurar como instancia enunciante.

En la cenestesia, podemos así reconocer, al lado de una dimensión psicocognitiva, una dimensión semiótica, en la medida en que estabiliza la “envoltura”, la cual funciona como *el ícono* de un actante sensible. Pero debe precisarse enseguida que no se trata directamente del cuerpo-carne sensible, sino de un cuerpo que se “sentiría sentir”. En suma, entre la envoltura y la carne sensible, está la distancia de una reflexión y de una proyección: si la carne sensible es, propiamente hablan-

¹ El concepto de cenestesia ha sido reintroducido en psicología en 1885 por Reil, y se define así por Théodule Ribot: “...el caos no desenredado de las sensaciones que, de todos los puntos del cuerpo, son transmitidas sin cesar al ‘sensorium’, es decir al centro nervioso de las aferencias sensoriales...” (Th. Ribot, *Les maladies de la personnalité*, 1885).

do, la del *yo*, la envoltura (reflexiva y proyectiva con respecto a lo sensible) sería la del *sí*.²

2. Las envolturas psíquicas

La noción de “barreras de contacto” aparece en Freud en *Esbozo de una psicología científica*; esa noción es inseparable de la noción de energía psíquica, puesto que la barrera de contacto es una envoltura de contención, que se supone que impide la descarga de una cierta cantidad de energía acumulada, pero también permite regular esta descarga. Las barreras de contacto son entonces, para comenzar, “contenedores de energías”; ellas figuran e iconizan el lugar crítico donde las energías se acumulan, se descargan, se invierten y se reencuentran.

Pero Didier Anzieu³ insiste en el hecho de que en el mismo Freud, esta barrera de contacto tiene un sentido doble: 1) por un lado, la “para-excitación” que hace el oficio de filtro protector *vis-à-vis* de las solicitaciones exteriores, y 2) por el otro, la membrana más o menos resistente e (im)permeable que contiene las fuerzas interiores. La “para-excitación” es un filtro opuesto a las solicitaciones exteriores, y la “barrera de contacto”, una membrana de regulación de los movimientos dirigidos del interior hacia el exterior; los dos operan sobre la cantidad y la intensidad de las solicitaciones y de los movimientos, ya sea por contención o por fraccionamiento, por lo que podemos, por ese hecho, considerar que las barreras freudianas son *operadores de elección*, que escogen, según un principio modal y axiológico lo que es bueno o malo, aceptable o intolerable, deseable o rechazable, vivificador o destructor, etc.

² Esta observación nos conduciría a distinguir en el Ego dos instancias complementarias una de la otra, el *yo* (carne) y el *sí* (envoltura).

³ Didier Anzieu, *Le Moi-Peau*, París, Dunod, 1985, pp. 75-76.

En términos de actantes posicionales (*ie*: fuente, blanco, control)⁴, vemos bien que la carne sensible y el mundo son alternativa e inversamente, la *fuentes* y el *blanco*, mientras que, en un sentido como en el otro, la envoltura es siempre el *control*. En suma, según el punto de vista que se adopte, el *si-envoltura* puede ser tanto esta parte de ego (el alter ego) que se forma en el otro (el no yo), como este otro (*ipse*) que aparece en todo momento en mí.

Didier Anzieu subraya muy particularmente el papel del contacto materno en la constitución de esta envoltura de doble cara: “La sobreestimulación materna bombardea la superficie del cuerpo infantil de excitaciones intensas (cuantitativamente) y variadas (cualitativamente)”.⁵

La envoltura corporal es entonces, de entrada, sentida como una interfaz entre el yo infantil y la alteridad materna, pero una interfaz donde llegan todos los movimientos y todas las estimulaciones de uno hacia el otro, y recíprocamente, lo que la hace, según Anzieu, una “superficie de piel común”.⁶

Pero, de golpe, la “envoltura”, interfaz entre el Yo y el Otro no puede ser asimilada ni al Yo (que contiene), ni al Otro (que retiene). Es “otra” sin embargo, en la medida en que está constituida por los estímulos que emanan de otra carne; es “la mía”, también, pues ella administra las energías que emanan del Yo.

⁴ Cf., Jacques Fontanille, *Sémiotique du discours*, Limoges, Pulim, 2000, cap. “Actants” [Versión en español: *Semiótica del discurso*. Trad. Oscar Quezada y Desiderio Blanco, Lima, Universidad de Lima/FCE, 2001].

⁵ Anzieu, *Le corps de l'œuvre*, Paris, Gallimard, 1981, p. 71.

⁶ Daniel Houzel va en el mismo sentido, cuando define la envoltura corporal como un plano de demarcación entre el mundo psíquico de ego y el mundo psíquico de los otros (D. Houzel, “Le concept d’enveloppe psychique”, in D. Anzieu, dir., *Les enveloppes psychiques*, Paris, Dunod, 1987, p. 24). En cuanto a la dimensión de “superficie proyectada”, ésta ya había sido bien identificada por Freud: “El Yo es ante todo una entidad corporal, no solamente una entidad totalmente en superficie, sino una entidad que corresponde a la proyección de una superficie” (Sigmund Freud, *El Yo y el Ello*, 1921, citado por D. Houzel, *op. cit.*, p. 35).

La envoltura tiene entonces, literalmente, el estatuto de un “yo mismo como otro”, es decir, según Ricœur, un “Sí”.⁷

Se reconocerá, en el fragmento siguiente, tomado de Proust, el estatuto intermediario y proyectivo de la red sensorial de la envoltura:

Mais Albertine n'avait pas été pour moi, pendant notre promenade, comme avait été jadis Rachel, une vaine poussière de chair et d'étoffe. L'imagination de mes yeux, de mes lèvres, de mes mains, avait, à Balbec, si solidement construit, si tendrement poli son corps que maintenant, dans cette voiture, pour toucher ce corps, pour le contenir, je n'avais pas besoin de me serrer contre Albertine, ni même de la voir, il me suffisait de l'entendre, et, si elle se taisait, de la savoir auprès de moi; mes sens tressés ensemble l'enveloppaient tout entière... (La Prisonnière, pp. 175-176, subrayado por nosotros)

Pero Albertina no había sido para mí, durante nuestro paseo, como fuera Raquel en otro tiempo, vano polvo de carne y de tela. En Balbec, la imagen de mis ojos, de mis labios, de mis manos, había construido tan sólidamente su cuerpo, lo había pulido tan tiernamente, que ahora, en este coche, para tocar este cuerpo, para contenerlo, no tenía necesidad de apretarme contra Albertina, ni siquiera de verla: me bastaba oír la y, si se callaba, saberla junto a mí; *mis sentidos trenzados juntos la envolvían toda entera...* (*La prisionera*, p. 187, El subrayado es nuestro).

3. De las funciones del yo-piel a las propiedades de la envoltura

3.1. Los recorridos figurativos de la envoltura

Didier Anzieu propone un inventario de nueve funciones de las envolturas psíquicas, que reagrupamos desde ahora en cua-

⁷ En todo rigor, el “sí-piel” debería entonces tomar el lugar del “yo-piel”. Para no contribuir a confusión terminológica, dejaremos al psicoanálisis la expresión “yo-piel”, y adoptaremos, para designar la figura semiótica, la expresión “sí-envoltura”.

tro grandes recorridos figurativos típicos, que descansan cada uno sobre los “roles figurativos” de la envoltura:

a) Mantenimiento y contención: el recorrido del continente

* *Función de mantenimiento:*

La envoltura es el soporte y el sostén, más o menos sólido o frágil, de la unidad del *yo*; le asegura la cohesión, y combate eventuales tendencias a la dispersión.

* *Función de contención:*

La envoltura, más o menos hermética, reúne las partes del *yo*, y les procura una forma global.

El *mantenimiento* y la *contención* son dos versiones de un mismo rol: la unificación y la cohesión del *yo*, cohesión entre partes para el mantenimiento, cohesión global sobre el perímetro, para la contención. La envoltura, en suma, es factor de distinción y de identidad. La proyección temporal de ese recorrido figurativo se declina en términos de *preservación*: en el ejemplo que sigue, tomado de Proust, lo que se preserva en el tiempo es, simplemente, la “presencia viva” de la cosa percibida:

Y yo ya no me preocupaba de aquella cosa desconocida que se envolvía en una forma o en un aroma y que ahora estaba muy quieta porque la llevaba a casa *protegida con una capa de imágenes, y luego me la encontraría, viva*, como los peces que traía cuando me dejaban ir de pesca, en mi cestito, bien cubiertos de hierba, que los conservaba frescos (*Du côté de chez Swann*, p. 179; edición en español: *Por el camino de Swann*, pp. 215-216).

b) Poder distintivo, filtro de intensidad y recorrido del intercambio

* *Función de para-excitación:*

La envoltura es un filtro, que disminuye o anula los efectos de los estímulos exteriores; protege el *yo* al atenuar y filtrar las fuerzas que se ejercen sobre él.

* *Función de recarga y de descarga de energía:*

La envoltura administra las energías que emanan del interior; controla las fuerzas internas atenuándolas y filtrándolas.

* *Función de distinción entre lo propio y lo no propio:*

La envoltura, al ser la interfaz común al *yo* y al mundo, también es la frontera distintiva, garante de la identidad.

La *para-excitación*, la *recarga* y la *descarga*, así como la distinción entre propio y no propio son funciones de intercambio y de filtro entre el *yo* y el mundo.

c) El recorrido de selección axiológica

* *Función erógena:*

La envoltura es un receptáculo para el placer y el dolor, en el sentido que es susceptible de hacer la selección somática y axiológica entre los diversos estímulos recibidos del exterior.

* *Función destructiva:*

La envoltura, así como la túnica ofrecida a Hércules por Nessus, puede ser tóxica para la carne misma, y el *sí* se vuelve entonces contra el *yo*. La superficie erógena y la superficie destructora son dos versiones de una función más general de *selección axiológica*, y, en ésta, completan el recorrido del intercambio: según la primera, la selección llega a una polarización tímica de los intercambios (placer y dolor); según la segunda, la selección llega a retener en la superficie del filtro los ingredientes benéficos o maléficos.⁸

d) Conexión y recorrido de inscripción

* *Función de conector intersensorial:*

La envoltura pone en relación el conjunto de los estímulos recibidos del interior y del exterior: es el principio mismo de la cenestesia.

⁸ Anzieu no retiene más que el caso de la envoltura “tóxica”, que acumula y restituye los ingredientes maléficos, sin duda porque su *corpus* de elección es un *corpus* de sufrimientos.

* *Función de superficie de inscripción:*

La envoltura conserva la huella de los acontecimientos exteriores, donde pueden enseguida figurar como significantes, como en *La colonia penitenciaria*, de Kafka. Es el principio semiótico de la *marca*.

La conexión intersensorial y la superficie de inscripción son dos momentos de la función semiótica propiamente dicha: primero, la homogeneización de las percepciones en una percepción global, y enseguida la formación de significantes durables que, como resultado de sollicitaciones exteriores, tienen un correlato tímico (placer o dolor) interno.

Pero la colaboración entre esas dos funciones de la envoltura es más sutil todavía: en efecto, la superficie de inscripción surge, como lo hemos sugerido, de la figura de la *marca*, en la medida que, si alguna cosa puede ser inscrita sobre la superficie de un cuerpo, es porque la envoltura de ese cuerpo tiene la propiedad de conservar la huella de los contactos con otros cuerpos, cualesquiera que sean: la *marca*, verdadera *memoria figurativa* de la envoltura, asegura entonces ella también, por acumulación, la conexión entre la mayor parte de los contactos anteriores. Conexión espacial o conexión temporal, la envoltura se convierte en el sustrato material de una modalidad semiótica, sobre la cual se inscriben los significantes encarnados. En otros términos, desde que las propiedades sensibles se perciben como “envolviendo” el cuerpo del cual ellas son las propiedades, entonces se convierten en potenciales rasgos de significación, y suscitan un proceso interpretativo, así como aparece en el episodio de los tres campanarios en Proust:

...empeñado en acordarme exactamente de la silueta del tejado o del matiz de la piedra, que sin que yo supiera por qué, *me parecieron llenas de algo, casi a punto de abrirse y de entregarme aquello de que no eran ellas más que vestidura*. (*Du côté de chez Swann*, pp. 178-179; *Por el camino de Swann*, p. 215).

[...] Y muy pronto sus líneas y sus superficies soleadas *se desgarraron, como si no hubieran sido más que una corteza*; algo de lo que en

ella se me ocultaba surgió; tuve una idea que no existía para mí el momento antes... (*Du côté de chez Swann*, p. 180-181; *Por el camino de Swann*, p. 217).

El reagrupamiento provisional de esas nueve funciones en cuatro recorridos figurativos permite dibujar el inicio de una secuencia más general, donde aparece (1) primero, la unificación de los contenidos, (2) enseguida, los intercambios entre el afuera y el adentro, comprendiendo allí el sistema de selección que los regula y los polariza y (3) finalmente, las huellas y marcas dejadas por los intercambios, que transforman la envoltura en superficie de inscripción.⁹

La secuencia se establece entonces en un primer tiempo así:

CONEXIÓN / DISTINCIÓN E IDENTIDAD / CONTENCIÓN
Y MANTENIMIENTO / INTERCAMBIO Y FILTRO / HUELLAS E INSCRIPCIONES

3.2. *Las propiedades de la envoltura*

Estamos ahora en condiciones de extraer un pequeño número de categorías semánticas, constitutivas del noema “envoltura”. Podríamos partir de la idea según la cual la figura de la envoltura provendría más generalmente de la categoría de los “límites” y de las “fronteras”, y que su definición específica implicaría otra:

a) una separación entre dos dominios multidimensionales, uno englobando el otro, un afuera y un adentro, concebidos de tal

⁹ D. Houzel conduce el conjunto de esas nueve funciones a tres propiedades relacionales: la *pertenencia* (A pertenece a B), la *conexidad* (A es el conexo de B) y la *compacidad* (A es compactado por B) [*Op. cit.*, p. 40]. Esto le permite distinguir tres figuras de la envoltura, que corresponden *grosso modo* a las tres propiedades relacionales: la *película* (compacidad), la *membrana* (conexidad) y el *habitat* (pertenencia) [*Op. cit.*, p. 41-42.]. Esta tipología desecha infelizmente todas las funciones de filtro y de selección que, sin embargo, habrían podido ser convocadas a través de la figura de la “membrana”.

suerte que los distinguiera una disimetría irreductible: en todos los casos el adentro aparece más específico que el afuera;

b) una organización de los intercambios entre el afuera y el adentro, en la que la estructura de la envoltura le confiere capacidades de regulación y de selección;

c) una memoria de las interacciones entre la cosa envuelta y el mundo exterior; todo cuerpo, para ser cuerpo, se supone dotado de una envoltura, y las huellas del tiempo y de las interacciones pasadas se inscriben primero sobre esta envoltura.¹⁰

Distinguiremos así, de aquí en adelante, cuatro propiedades:

a) la forma de la envoltura misma: *conexidad*

b) su papel respecto de los contenidos (mantenimiento, distinción, pertenencia, cohesión entre partes, unificación): *compacidad*

c) su papel en las relaciones entre el interior y el exterior (regulación y polarización de los intercambios, selección axiológica, protección y destrucción): *selección*.

d) su papel en la acumulación de las huellas y marcas: *memoria de inscripción*.

En esta etapa del análisis, el sí-envoltura está entonces dotado de propiedades, de las cuales resultan funciones, recorridos y papeles en esos recorridos. Las tres primeras propiedades pertenecen a la envoltura en tanto que *continente*: conviene entonces hacer de la *contención* una propiedad genérica, de la cual la *conexidad*, la *compacidad* y la *selección* son las propiedades específicas. La cuarta implica un cambio de punto de vista, y no puede especialmente ser captada más que desde el exterior, por un observador, distinto del cuerpo sensible, que descifraría las huellas y las marcas: hemos visto bien que es necesario una operación semiótica suplementaria, y que esta operación es un desembrague.

¹⁰ Cuando se trata de objetos concretos, la "memoria" inscrita en su envoltura es entonces la "pátina".

La *envoltura-continente* se declinaría entonces así:

CONTINENTE → *Conexidad, Compacidad, Selección*

4. Continente y superficie de inscripción, las dos funciones semióticas de la envoltura

4.1. Contenidos, continentes y expresión

La figura de la envoltura-continente desplaza sensiblemente la problemática clásica de la función semiótica. Tradicionalmente, en efecto, la función semiótica se define como la reunión (con isomorfismo) de dos planos de un lenguaje: el del contenido y el de la expresión. Los términos del metalenguaje no son jamás inocentes, como se dice, vemos bien que las nociones de "contenido" y de "expresión" remiten a una metáfora implícita de la envoltura, envoltura que "contiene" los contenidos-significados y que "deja salir" las expresiones-significantes.

Pero esta envoltura, el "continente", está totalmente ocultada en el pensamiento lingüístico o semiótico: abstractamente representada por un rasgo horizontal entre los dos planos en Hjelmslev y Saussure, se ve reemplazada por la noción de "presuposición recíproca" o "relación de necesidad" en el comentario de los dos lingüistas; la figura de la "interfaz" está, no obstante sugerida, en la metáfora saussuriana del "recto" y del "verso" de la hoja de papel.

Según el modelo de la envoltura, los significados serían *efectivamente* contenidos, englobados en un continente. Para Anzieu, es incluso la existencia de la envoltura-continente lo que autoriza la formación de "contenidos" consistentes:

El yo-piel proporciona una envoltura continente a la multiplicidad dispersa de datos sensoriales, emocionales, kinestésicos, que pueden así llegar a ser contenidos psíquicos.¹¹

¹¹ D. Anzieu, *Le corps de l'œuvre*, op. cit., p. 72. Tal argumento procura una luz singular a la hipótesis, formulada en *Sémiotique des passions*, según la cual el

Igualmente, la envoltura del sí convierte un flujo informe de tensiones y de emociones en figuras significantes identificables y distintivas. La constitución actancial del sí, *vía* la figura de la envoltura, sería entonces necesaria para (y presupuesta por) la *conversión de los flujos tensivos en contenidos significantes*, en significaciones articulables e inteligibles.

En la tradición hjelmsleviana, los contenidos y las expresiones están situados sobre dos “planos”, en una relación recíproca y simétrica. En la concepción que se dibuja aquí, completamente situada en la perspectiva del *discurso en acto* y de la *palabra viva*, una de las primeras condiciones de la semiotización de la percepción reside en la formación de una zona crítica donde las tensiones perceptivas dibujan una frontera, que tiene la forma de una envoltura.

4.2. La superficie de inscripción, la enunciación y la función semiótica

Significantes de la marca

Sobre la base de observaciones clínicas, D. Anzieu muestra en efecto cómo la envoltura recibe la marca de “significantes formales”, es decir, ciertas configuraciones típicas, que encarnan los estados o los movimientos interiores de los sujetos en cura, en relación con los acontecimientos exteriores y con los próximos. El significante formal o “significante de configuración”,¹²

discernimiento al circunscribir un dominio de pertinencia, especialmente por negación de todo lo que no depende de él, sería el primer acto semiótico operado sobre el espacio tensivo. El discernimiento niega, selecciona, delimita, y funda así la distintividad de los universos semióticos (A. J. Greimas & J. Fontanille, *Sémiotique des passions*, Paris, Seuil, 1991, p. 40-47. [Versión en español: *Semiótica de las pasiones*. México: Siglo XXI, 1994, pp.39 y ss.]).

¹² *Loc. cit.*, p. 1. Las expresiones retenidas, “significantes de configuración” y “significantes formales”, exigirían un examen comparativo y lexicológico más fino, del tipo de aquel al cual se somete, en Michel Arrivé, el término lacaniano de “significante”. Ciertamente, los conjuntos significantes retenidos como per-

resulta de una deformación coherente de la envoltura. La tipología de esas deformaciones, establecida de manera empírica por D. Anzieu, es particularmente reveladora.

Encontramos allí primero un conjunto de operaciones topológicas que se refieren a las funciones de “continente” de esta envoltura: abrir y cerrar, vaciarse y llenarse, desdoblarse, invertir el afuera y el adentro. El “modo de inscripción” de la expresión se deduce de alguna manera directamente del modo de “contención” del contenido: los contenidos y continentes pueden aparecer y desaparecer, desmultiplicarse recursivamente, los contenidos pueden franquear la frontera del continente, el afuera y el adentro pueden invertir sus papeles, etc.

Pero ese despliegue figurativo explicita además el tipo de motivación al cual obedece la inscripción de la marca: la envoltura sufre, en efecto, deformaciones que son análogas a las deformaciones de los contenidos correspondientes, sin ser, sin embargo, representaciones simbólicas; esas deformaciones, en efecto, no reproducen ni simbolizan los “contenidos” y los “acontecimientos” psíquicos correspondientes. Son la marca, en el mismo sentido en que la huella sobre el suelo es la marca de un paso, en el mismo sentido en que la fisonomía de alguien es la marca de la forma de la carne y de la estructura de su cara, así como de su estado interior. En otros términos, la forma semiótica de los “significantes” que afectan el *sí-envoltura* es análoga a la de los “contenidos” de la envoltura, pero sobre un principio análogo que debe mucho a la contigüidad, a la causalidad por proximidad y continuidad, y muy poco a la semejanza propiamente dicha.

Encontramos también en Anzieu otra categoría de “significantes formales”, que se refieren todos a los estados de base de

tinientes por Anzieu son “configuraciones” (más complejas que “figuras”, pues están ya dotadas de recorridos narrativos), pero la expresión “significantes de configuración” no tiene sentido en semiótica; en cuanto al adjetivo “formal”, en “significante formal”, no vemos bien lo que significa, lo mismo que no llegamos a comprender en Anzieu lo que sería un significante “no formal”.

la materia, y especialmente, a las interacciones entre los estados y la estructura de la materia, por una parte, y la energía, por la otra: la envoltura es arreglada, rota, aplanada; explota, se frunce, se tuerce, ondula, se curva, se desmenuza, entra en efervescencia, hierve y se evapora, etc. Las fuerzas pueden modificar el estado de la materia (sólido, líquido, gaseoso), o el tipo de volumen o de textura de la superficie de inscripción.

Esta segunda categoría aporta otro punto de vista; los significantes inscritos sobre la envoltura corporal, que supuestamente manifiestan la “memoria figurativa” de esta envoltura, obedecen a los mismos principios que cualquier otra sintaxis figurativa: allí se manipulan, en efecto, las figuras elementales de la materia (agua, aire, tierra, fuego), pero también, más significativamente aún, los conflictos e interacciones entre una sustancia material y las energías que la afectan o la deforman.

Enunciación

D. Anzieu, a propósito de la función de “superficie de inscripción de las huellas”, desarrolla el argumento siguiente:

La tela del pintor, la página blanca del poeta, las hojas rayadas de líneas regulares del compositor, la escena o el terreno del cual disponen el bailarín o el arquitecto, y evidentemente la película del film, la pantalla del cinematógrafo, materializan, simbolizan y reviven esta experiencia de la frontera entre dos cuerpos en simbiosis como superficies de inscripción, con su carácter paradójico, que se reencuentra en la obra de arte, de ser a la vez una superficie de separación y una superficie de contactos.¹³

Concebida por un lado como “continente” de los contenidos, y por el otro como “superficie de inscripción” de las expresio-

¹³ D. Anzieu, *Le corps de l'œuvre*, op. cit., p. 71-72.

nes, el sí-envoltura es ahora una verdadera *interfaz semiótica*. La mediación es desde ahora completa, y *la semiosis puede hacerse operar de manera no formal*, puesto que el sí-envoltura puede ahora funcionar como *operador corporal* de la reunión del contenido y de la expresión, y esta vez, el contacto entre los cuerpos, la contigüidad entre la carne y su envoltura satisface a la operación.

Prosiguiendo en ese sentido, e hilando la metáfora, D. Anzieu viene incluso a hacer de la piel el prototipo carnal de todos los “soportes” de la expresión, en un comentario inspirado por la obra de Borges:

El cuerpo y el código serían asidos y condensados en un continente primero y generativo, en un hipotético primer significante de donde provendrían todos los demás significantes.¹⁴

El yo-piel sería entonces el prototipo de todas las superficies de inscripción, especialmente artísticas. Esta sugerencia puede ser el objeto de una demostración semiótica, pues el engendramiento de los soportes semióticos a partir del sí-envoltura obedece a una secuencia de operaciones ordenadas y explícitas, que aclaran singularmente el funcionamiento del *desembrague enunciativo*.

Entre las operaciones susceptibles de modificar la envoltura, como lo hemos visto, algunas consisten en una desmultiplicación, que se asienta en la recursividad de la relación de englobamiento; otras proceden por inversión entre el afuera y el adentro, y otras finalmente, por modificación de la naturaleza y de la forma de la superficie.

Podemos a este respecto considerar que esas modificaciones conciernen a las tres propiedades de base de la envoltura, establecidas aquí:

¹⁴ D. Anzieu, op. cit., p. 313. (A propósito de Borges).

- 1) Si la envoltura está formada por *conexión* continua y unificante:

entonces el desembrague la modifica por *pluralización* y deformación.

- 2) Si la envoltura asegura la *cohesión* y la *identificación distintiva* del adentro por relación con el afuera:

entonces el desembrague la modifica por *inversión* del afuera y del adentro.

- 3) Si la envoltura *regulariza* y *polariza* los intercambios:

entonces el desembrague la modifica permitiendo el intercambio de la envoltura misma, por *proyección* de la envoltura sobre otras entidades distintas al yo-carne.

El engendramiento de las “operaciones de inscripción” a partir de las “propiedades” de la envoltura se resume en el cuadro siguiente.

Propiedades	Papel	Operaciones de desembrague
<i>Conexidad</i>	Formación y unificación de la envoltura	<i>Pluralización</i> y deformación de la envoltura
<i>Compacidad</i>	Cohesión e identificación distintiva del contenido	<i>Inversión</i> del contenido y del continente (afuera/adentro)
<i>Filtro de selección</i>	Regulación de los intercambios entre propio y no propio	<i>Proyección</i> de lo propio sobre lo no propio

Cuadro 1

Estos tres tipos de desembrague bastan para convertir el sí-envoltura en soporte semiótico para los significantes. En otros términos, las superficies de inscripción de los diversos modos de expresión semiótico son dobles proyectados a partir de la envoltura del sí (*proyección*), susceptibles de desmultiplicarse y de fijarse en varios lugares del enunciado al cambiar de materia y de forma (*pluralización*), y el contenido de la envoltura puede entonces pasar por un conjunto de signos y de figuras observables en el mundo exterior (*inversión*). A este respecto, los lugares de inscripción de las enunciaciones semióticas serían *avatares proyectados e invertidos de la envoltura del sí*.¹⁵

El principio de esta “generación” puede ser transcrito en una fórmula canónica:

Envoltura → { Proyección, Pluralización, Inversión } → Superficies de inscripción

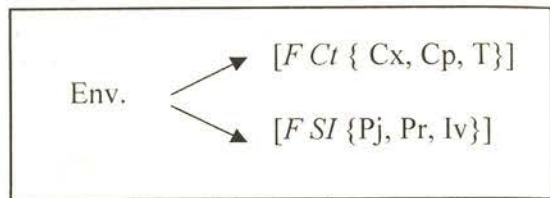
El conjunto de las dos figuras genéricas de la envoltura, el *continente* y la *superficie de inscripción*, puede desde ahora ser engendrada a partir de una fórmula única. Toda “envoltura” (Env) es en efecto el funtuivo de dos funciones (*Ccontinente: Ct* y *Superficie de Inscripción: SI*) y esas dos funciones se desarrollan:

— la primera en una serie de propiedades (*Conexidad: Cx*, *Compacidad: Cp*, y *Selección: T*),

— la otra en una serie de operaciones (*Proyección: Pj*, *Pluralización: Pr*, e *Inversión: Iv*).

Esas dos series expresan la *fórmula canónica* de la sintaxis figurativa de la envoltura; en tanto que fórmula canónica, es susceptible de realizarse, lo mismo completamente que parcialmente, lo que escribiremos así:

¹⁵ Es así que habría que comprender, parece, la expresión “continente primero y generativo” utilizado por Anzieu (*cf. supra*).



Cuadro 2

6. Para concluir: consecuencias y aperturas

Lo que nos interesa aquí, claro está, no es el telón psicoanalítico de fondo de esta proposición, sino el proceso semiótico que pone en evidencia: nos parece, en efecto, que ese proceso se explica simple y principalmente a partir de las propiedades semióticas de la figura de la envoltura corporal, y no desde aspectos psíquicos de la cuestión. En otros términos, cuando Anzieu se esfuerza por encontrar los correlatos corporales de la constitución del yo y del sí, encuentra los mismos tipos de problemas y los mismos tipos de soluciones que el semiotista que se esfuerza por encontrar la base carnal y corporal de las producciones de mensajes, discursos, enunciados, imágenes y otras producciones semióticas.

La función de inscripción de la envoltura corporal tiene numerosas e importantes consecuencias teóricas:

a) las operaciones ordenadas de *proyección*, de *pluralización* y de *inversión*, que permiten engendrar la superficie de inscripción a partir del sí-envoltura, dan a la operación de *desembrague*, fundadora de los actos de enunciación, un carácter carnal al mismo tiempo que una sintaxis más explícita, en tres fases;

b) el desembrague de la envoltura del sí, operación compuesta de otras tres (*cf.*, *supra*) engendra *envolturas proyectadas*, que son soportes para nuevas operaciones semióticas. Esas envolturas pueden ser proyectadas tanto sobre nuevos soportes

semióticos, para formar nuevos “discursos-enunciados” de los conjuntos significantes considerados como macrosemióticas-objetos, como sobre configuraciones locales, insertas en tal o cual discurso como una “micro-semiótica objeto”. Ya sea una “macro” o una “microsemiótica”, la envoltura, al proyectarse sobre una configuración, la reconfigura bajo la forma de un ícono actancial, al cual podemos asociar una sintaxis;

c) la función semiótica, tal como la concibe la teoría del lenguaje hjelmsleviana y greimasiana, debe ser completada.

En efecto, la representación de la función semiótica por la reunión de los dos planos del lenguaje, la expresión y el contenido, no vale más que en una perspectiva “formal”, es decir en el caso en que esta reunión esté fundada sobre una “presuposición recíproca” o una “relación necesaria” entre los dos planos, es decir sobre un principio lógico. Pero, desde que acordamos al cuerpo (la propioceptividad) el papel de mediación entre la expresión y el contenido, entonces el dispositivo hjelmsleviano debe revisarse, y, especialmente, es necesario interrogarse sobre la articulación de esta mediación corporal.

Hemos mostrado que el sí-envoltura tiene dos caras: una cara vuelta hacia el contenido (el continente), una cara vuelta hacia la expresión (la superficie de inscripción). Llegamos en esta perspectiva a la representación siguiente de la función semiótica:

